



REBELDES

SUSAN E. HINTON





www.loqueleo.santillana.com

Título original: THE OUTSIDERS

© Del texto: 1967, SUSAN E. HINTON

© De la traducción: 1985, MIGUEL MARTÍNEZ-LAGE

© De la edición 2007, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Bogotá — Colombia

© 2008, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4390-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015.

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUEIRA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Hinton, Susan E.

Rebeldes / Susan E. Hinton. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
: Santillana, 2015.

216 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja. Narrativa contemporánea)

ISBN 978-950-46-4390-6

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015, EN ENCUADERNACIÓN ARÁOZ S.R.L., AV. SAN MARTÍN 1265, (1704) RAMOS MEJÍA, REPÚBLICA ARGENTINA.

A stylized graphic of a comic book explosion, rendered in black and white. The word "REBELDES" is written in a bold, italicized, sans-serif font across the center of the explosion. The explosion itself has a jagged, starburst shape with a grey fill and a black outline.

REBELDES

SUSAN E. HINTON

loqueleg

CAPÍTULO 1

Cuando salí a la brillante luz del sol desde la oscuridad del cine tenía sólo dos cosas en la cabeza: Paul Newman y volver a casa. Deseaba parecerme a Paul Newman —él tiene pinta de duro y yo no—, aunque imagino que mi propio aspecto no es demasiado desastroso. Tengo el pelo castaño claro, casi rojo, y ojos gris verdoso. Ojalá fueran más grises, pues me caen mal los tipos de ojos verdes, pero he de contentarme con los que tengo. Llevo el pelo más largo que muchos otros chicos, recto por atrás y largo en la frente y por los lados, pero soy un *greaser*, y por el barrio casi nadie se toma la molestia de cortarse el pelo. Además, me queda mejor el pelo largo.

Me quedaba un buen trecho hasta casa e iba sin compañía, pero por lo general suelo hacerlo solo, no por nada sino porque las películas me gusta verlas sin que me molesten, para poder meterme en ellas y vivirlas con los actores. Cuando voy con alguien al cine me resulta un tanto incómodo, igual que cuando alguien lee un libro por encima de tu hombro. En eso soy diferente.

Es decir, mi hermano mayor, Soda, que tiene dieciséis años para cumplir diecisiete, no abre un libro en su vida, y el mayor de los tres, Darrel, al que llamamos Darry, trabaja demasiado y demasiado duro como para interesarse por una historia o ponerse a hacer un dibujo, así que no soy como ellos, y en la pandilla a ninguno le gustan los libros y las películas de igual manera que a mí. Por un tiempo pensé que era la única persona del mundo que disfrutaba así. Así que me iba solo.

Soda por lo menos procura entender, lo cual es más de lo que hace Darry. Pero es que Soda es distinto de todos; lo entiende todo, o casi. Por ejemplo, nunca me regaña, como lo hace Darry a todas horas, ni me trata como si tuviera seis años en vez de catorce. Quiero a Soda más de lo que nunca he querido a nadie, papá y mamá incluidos. Siempre está encantando de la vida y no para de sonreír, mientras que Darry es seco y severo y casi nunca sonrío. Claro que Darry, a los veinte años, ya ha pasado por casi todo, ha crecido muy deprisa. Sodapop no crecerá nunca. No sé qué es mejor. Me enteraré un día de estos.

En cualquier caso, seguí caminando hacia casa, pensando en la peli y con unas repentinas ganas de tener compañía. Los *greasers* no podemos ir andando por ahí mucho tiempo sin que se echen encima, o sin que alguien se acerque y suelte un «¡greaser!», lo cual tampoco es para quedarse tan tranquilo. Los que nos asaltan son los *socs*. No estoy muy seguro de cómo se deletrea, pero es la abreviatura de *socials*, la clase alta, los niños ricos del West Side. Es igual que la palabra *greaser*, la que se usa para clasificarnos a los chicos del East Side.

Somos más pobres que los *socs* y que la clase media. Seguramente también somos más bestias. No al estilo de los *socs*, que andan por ahí asaltando *greasers* y destrozando casas a patada limpia con botes de cerveza, y que les dedican un artículo en el periódico por ser una vergüenza pública un buen día y una deuda de la sociedad al día siguiente. Los *greasers* somos un poco como los *hoods*; robamos cosas y conducimos viejos carros trucados y atracamos gasolineras y armamos una pelea entre pandillas de cuando en cuando. No es que yo haga cosas así. Darry me mataría si me metiera en líos con la ley. Desde que mamá y papá murieron en un accidente de carro, nosotros tres hemos aprendido a estar unidos comportándonos debidamente. Así que Soda y yo nos mantenemos apartados del jaleo todo lo posible, y cuando no es posible, tenemos mucho cuidado de que no nos pille en medio. Quiero decir que muchos *greasers* hacen cosas de esas, igual que nosotros llevamos el pelo largo y vestimos con *jeans* y camisetitas, o nos dejamos por fuera los faldones de la camisa y nos ponemos chaquetas de cuero y playeras o botas. No pretendo decir que los *socs* o los *greasers* sean unos mejores que otros, qué va; simplemente, así son las cosas.

Podría haber esperado para ir al cine a que Darry o Sodapop salieran del trabajo. Habrían venido conmigo, o me habrían llevado en carro, o hubiéramos venido andando, aunque Soda no puede estarse quieto y sentado el tiempo necesario para disfrutar de una película, y a Darry el cine le mata de aburrimiento. Darry opina que ya tiene bastante con su vida sin

figurar en la de otras personas. O si no, podría haberme traído a uno de la pandilla, uno de los cuatro chicos con los que Darry, Soda y yo hemos crecido juntos y a los que consideramos familia. Estamos casi tan unidos como hermanos; cuando creces en un barrio tan cerrado como el nuestro, terminas por conocer a los otros verdaderamente bien. De haberseme ocurrido, habría llamado a Darry, que habría venido a recogerme, o si no Two-Bit Matthew —uno de la pandilla— me habría llevado en su carro si me hubiera acordado de pedirse-lo, pero es que a veces no uso la cabeza. Mi hermano Darry se pone enfermo cada vez que hago cosas así, pues por algo se supone que soy un chico listo; paso los cursos con buenas notas y tengo un coeficiente intelectual elevado y todo eso, pero no uso la cabeza. Además, me gusta caminar.

Estaba a punto de decidir que tampoco me gustaba tanto cuando vi aquel Corvair rojo que me seguía los pasos. Estaba casi a dos manzanas de casa, así que empecé a andar un poco más aprisa. Nunca me habían asaltado, pero vi a Johnny después que cuatro *socs* lo cogieran desprevenido y, la verdad, no quedó nada bien que se diga. Después de aquello a Johnny le daba miedo hasta su sombra. Johnny tenía dieciséis años.

Supe que no serviría de nada —andar deprisa, quiero decir— antes incluso de que el Corvair parase a mi lado y bajasen de él cinco *socs*. Me asusté bastante —soy más bien pequeño para tener catorce años, aunque tengo buena complexión, y aquellos tipos eran mucho más grandes que yo—. Automáticamente metí

los pulgares en los bolsillos y me alejé cabizbajo, preguntándome si me sería posible salir de aquella si al menos intentaba escabullirme. Me acordé de Johnny —de su cara toda cortada y magullada, y me acordé de cómo lloró cuando le encontramos, medio inconsciente, en un rincón de un solar—. En su casa, Johnny se hizo el valiente; costó mucho trabajo hacerle llorar.

Estaba sudando ferozmente, aunque tenía frío. Sentí cómo iban humedeciéndoseme las palmas de las manos y cómo me chorreaba la transpiración por la espalda. Así es como me pongo cuando me asusto de verdad. Miré alrededor en busca de una botella o una estaca o algo —Steve Randle, el mejor amigo de Soda, una vez mantuvo a raya a cuatro tipos tirando de una botella rota—, pero no había nada. Así que me quedé donde estaba, quieto como un clavo, mientras me rodeaban. No uso la cabeza. Anduvieron a mi alrededor lentamente, silenciosamente, sonriendo.

—¡Eh!, *greaser* —dijo uno con voz excesivamente amistosa—. Te vamos a hacer un favor, *greaser*. Te vamos a cortar todo ese pelo grasiento.

Llevaba una camisa de algodón fino. Todavía la veo. Azul. Uno de ellos se rió, luego me maldijo en voz baja. No se me ocurría nada que decir. Simplemente, no hay muchas cosas que decir mientras esperas que te zurren, así que cerré la boca.

—¿No te hace falta un corte de pelo, *greaser*? —el rubio de mediana estatura sacó una navaja y la abrió con un golpe seco.

Finalmente se me ocurrió decir algo.

—No.

Retrocedí, alejándome de la navaja. Claro está que retrocedí hasta caer justo encima de uno. Me derribaron en un segundo. Me atenazaron los brazos y las piernas y uno se me sentó encima del pecho, con las rodillas sobre mis codos, y si te parece que eso no duele es que eres idiota. Olía a loción de afeitar English Leather y a tabaco rancio, y me pregunté con cierta estupidez si no me asfixiaría antes de que hicieran algo. Estaba tan asustado que casi deseaba asfixiarme. Luché por soltarme, y durante un segundo estuve a punto; luego apretaron más y el que tenía encima me soltó un par de bofetadas. Así que me estuve quieto, insultándoles entre jadeos. Tenía un cuchillo sobre la garganta.

—¿Entonces prefieres que el corte de pelo empiece justo debajo de la barbilla?

Me dio la impresión de que eran capaces de matarme. Me volví loco. Empecé a chillar, a llamar a Soda, a Darry, a cualquiera. Alguno me tapó la boca con la mano y le mordí con todas mis fuerzas; noté el sabor de la sangre, que me corría por entre los dientes. Oí masculillar una grosería y me llevé otro par de golpes; luego me metieron un pañuelo en la boca.

—Que se calle, por lo que más quieras, haz que se calle —repetía uno.

Luego se oyeron gritos y pisadas, y los *socs* se largaron y me dejaron allí tendido, jadeando. Allí me quedé, preguntándome qué diablos ocurría: la gente iba y venía, pasaban a empujones a mi lado; estaba demasiado aturdido para enterarme. Luego alguien me levantó de las axilas y procuró ponerme en pie. Era Darry.

—¿Estás bien, Ponyboy?

Me zarandeaba; ojalá se esté quieto, pensé. Ya estaba bastante mareado. Pese a todo, supe que era Darry, en parte por la voz y en parte porque Darry siempre es un poco brusco conmigo, aun sin querer.

—Estoy bien. Estate quieto, Darry, estoy bien.

Paró al instante.

—Lo siento.

En realidad no lo sentía. Darry nunca se arrepiente de nada que haya hecho. A mí me resulta divertido que se parezca tanto a mi padre y que actúe siempre al contrario que él. Mi padre sólo tenía cuarenta años cuando murió, pero aparentaba veinticinco y mucha gente creía que papá y Darry eran hermanos en vez de padre e hijo. Pero sólo se parecían; mi padre nunca fue brusco con nadie, ni siquiera sin querer.

Darry mide uno noventa y tantos, es ancho de hombros y muy musculoso. Tiene el pelo castaño oscuro, con un remolino en la frente y otro menor en la nuca —igual que papá—, pero tiene los ojos distintos. Son ojos como dos pedazos de hielo azul verdoso. Tienen un aire decidido, muy suyo, como todo él. Aparenta más de veinte años... duro, tranquilo y listo. Sería verdaderamente apuesto si sus ojos no fueran tan fríos. No entiende de nada que no sean hechos sin vuelta de hoja. Pero usa la cabeza.

Volví a sentarme, frotándome la mejilla que más me habían golpeado.

Darry apretó los puños en los bolsillos.

—No te han hecho mucho daño, ¿verdad?

Sí que me lo hicieron. Me escocía y me daba pinchazos y tenía el pelo dolorido, y estaba tan nervioso que

me temblaban las manos y tenía ganas de ponerme a sollozar, pero esas no son cosas para contárselas a Darry.

—Estoy bien.

Sodapop se acercó a paso largo. Para entonces ya me había dado cuenta de que todo aquel ruido que había oído eran los de la pandilla, que venían a rescatarme. Se dejó caer a mi lado y me examinó la cabeza.

—Te has llevado alguno que otro corte, ¿eh, Pony-boy?

Sacó un pañuelo, humedeció la punta con la lengua y me lo apretó con cuidado sobre la sien.

—Sangras como un cerdo en el matadero.

—¿Sí?

—¡Mira! —me mostró el pañuelo, enrojecido como por arte de magia—. ¿Te rayaron la cara?

Recordé la voz: «¿No te hace falta un buen corte de pelo, *greaser*?». La hoja debía de habersele resbalado mientras intentaba callarme.

—Sí.

Soda es más guapo que cualquiera de los chicos que conozco. No como Darry: Soda tiene ese aire de estrella de cine que hace que la gente se pare en la calle y se dé la vuelta para verlo pasar. No es tan alto como Darry, y es un poco más delgado, pero tiene una cara finamente dibujada, delicada, que de alguna manera se las arregla para estar pensativa y temeraria al mismo tiempo. Tiene el pelo rubio oscuro y se lo peina hacia atrás, largo, sedoso y recto, y en verano el sol se lo aclara hasta hacerlo parecer dorado como el trigo. Tiene los ojos oscuros —ojos vivos, danzarines, temerariamente risueños, que en un instante saben ser amables

y simpáticos y, al siguiente, relampaguear de indignación—. Tiene los ojos de papá, pero Soda es único. Es capaz de emborracharse con una carrera de *drags** o a fuerza de bailar, sin acercarse al alcohol siquiera. En el barrio es difícil encontrar un nene que no tome de vez en cuando. Pero Soda no toca ni una gota; no le hace falta. Se emborracha nada más que con vivir. Y entiende a todo el mundo.

Me observó más de cerca. Aparté la mirada a toda prisa, pues, si quieres que te diga la verdad, estaba a punto de empezar a sollozar. Sabía que estaba tan pálido como me sentía, y que temblaba como una hoja.

Soda me puso la mano en el hombro.

—Tranqui, Ponyboy. Ya no te harán más daño.

—Ya sé —dije, pero el suelo se desdibujó y sentí lágrimas calientes que me rodaban por las mejillas. Me las froté con impaciencia—. Sólo estoy un poco asustado, nada más —solté un suspiro tembloroso y dejé de llorar.

No puedes echarte a llorar delante de Darry. No, a menos que te hayas llevado una paliza como la que le dieron a Johnny aquel día que le encontramos en el solar. En comparación con Johnny, a mí no me habían hecho nada.

Soda me frotó el pelo.

—Eres un nene valiente, Pony.

Tuve que sonreírle; Soda es capaz de hacerte reír con cualquier cosa. Imagino que es porque siempre se sonríe tanto a sí mismo.

* Carros trucados.

—Estás loco como una cabra, Soda.

Darry nos miró como si tuviera ganas de cascarnos una cabeza contra la otra.

—Los dos estáis como cabras.

Soda no hizo más que alzar una ceja, un truco que había aprendido de Two-Bit.

—Parece que es cosa de familia.

Darry se le quedó mirando fijamente un momento y después se echó a reír. Sodapop no le tiene miedo como los demás, y le encanta tomarle el pelo. Yo preferiría reírme en la cara de un oso gris de tamaño natural; pero, sea como sea, parece que a Darry le hace gracia que Soda le tome el pelo.

Nuestra pandilla había perseguido a los *socs* hasta su carro y los habían apedreado. Volvieron corriendo a donde estábamos —cuatro tipos duros y flacos—. Eran todos duros como rocas, no había más que verlos. Yo había crecido con ellos, y me aceptaban pese a ser más joven porque era el hermano menor de Darry y Soda y sabía mantener la boca cerrada.

Steve Randle tenía diecisiete años; era alto y flaco, con un pelo espeso y grasiento que llevaba peinado en complicados rizos. Era un tipo guapo, agudo, y el mejor amigo de Soda desde que dejó la escuela. Su especialidad eran los carros. Era capaz de quitar un tapacubos más de prisa y haciendo menos ruido que cualquier otro del barrio, pero también conocía los carros de arriba a abajo y por delante y por detrás, y era capaz de conducir cualquier cosa con ruedas. Él y Soda trabajaban en la misma gasolinera —Steve por horas y Soda todo el día—, que tenía, por cierto, más clientes que cualquier

otra en la ciudad. Fuera porque Steve era tan bueno con los carros o porque Soda atraía a las chicas como la miel a las moscas, no sabría decírtelo. Me gustaba Steve sólo por ser el mejor amigo de Soda. Yo no le hacía ni pizca de gracia; pensaba que era un perrito faldero y un niño; Soda siempre me llevaba con ellos cuando iban por ahí, siempre que no fuesen con chicas, y eso a Steve le fastidiaba. No es culpa mía: Soda siempre me llamaba, no soy yo quien se lo pide. Soda no piensa que soy un niño.

Two-Bit Matthew era el más viejo de la pandilla y el mayor bromista de todos. Medía uno noventa más o menos, bastante robusto, y estaba muy orgulloso de sus largas patillas color rojo oxidado. Tenía los ojos grises y una ancha sonrisa, y no podía dejar de hacer comentarios divertidos ni aunque le fuese la vida en ello. Era imposible hacerlo callar; siempre se las arreglaba para meter sus *dos bromas*. De ahí el apodo. Hasta los profesores olvidaron que su verdadero nombre era Keith, y nosotros apenas si recordábamos que alguna vez lo hubiese tenido. La vida era una enorme broma para Two-Bit. Era famoso por su habilidad para robar en las tiendas y por su cuchillo de navajas negras (que no podría haber adquirido sin ese primer talento), siempre andaba de jugarretas y burlas con los polis. En realidad no podía evitarlo. Todo cuanto decía era tan irresistiblemente divertido que pura y simplemente tenía que hacer que la ley se enterase, aunque sólo fuera para iluminar sus aburridas vidas. (Así al menos es como me lo explicó). Le gustaban las peleas, las rubias y, por alguna insondable razón, la escuela. A los dieciocho

aún seguía en el Instituto y nunca había aprendido nada. A mí me gustaba mucho porque nos hacía reír de nosotros mismos tanto como de otras cosas. Me recordaba a Will Rogers, quizá por la sonrisa.

Si tuviese que elegir al verdadero personaje de la pandilla me quedaría con Winston Dallas, Dally. Antes me gustaba dibujar su estampa cuando andaba cabreado, porque podía plasmar su personalidad con unos pocos trazos. Tenía cara de duende, con pómulos muy salientes y mentón huidizo, dientes pequeños y afilados, como de animal, y orejas como las de un lince. De tan rubio, tenía el pelo casi blanco, y no le gustaba cortárselo, así como tampoco la gomina, de manera que le caía en mechones sobre la frente y en mechones por detrás, y se le rizaba tras las orejas y en el cogote. Tenía ojos azules, resplandecientes como el hielo y fríos de aborrecimiento por el mundo entero. Dally había pasado tres años en la parte más salvaje de Nueva York y había estado en la cana a la edad de diez años. Era más duro que el resto de nosotros, más duro, más frío, más mezquino. La sombra de diferencia que distingue a un *greaser* de un *hood* no existía en Dally. Era tan bestia como los chicos de los suburbios, como la banda de Tim Shepard.

En Nueva York, Dally se desfogaba en peleas callejeras, pero aquí las bandas organizadas son una rareza; no hay más que grupillos de amigos que se juntan, y la guerra tiene lugar entre clases sociales. Una riña, cuando se arma de veras, suele nacer de una pelea por rencor a la que los contendientes van con sus amigos. Bueno, sí que hay por aquí algunas bandas con nombre,